

EL VOLCÁN

Alexis Ravelo

Las ratas de noviembre

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Alexis Ravelo, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
email: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2015

Ilustraciones: Javier Olivares
Diseño: Manuel Estrada / Grupo Anaya

ISBN: 978-84-678-7114-2
Depósito legal: M-4450-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL VOLCÁN

Alexis Ravelo

Las ratas de noviembre

ANAYA



0

Podría decirse que Diego Cárdenes Enríquez murió de muerte natural. Es natural que te mueras si te dan una puñalada en el corazón. Casi inmediatamente fue detenido el principal sospechoso, su sobrino, Víctor Santana Cárdenes.

Apuñalar un corazón no es algo que pueda hacerse sin querer, como al descuido, accidentalmente. Requiere cierta intencionalidad y mucha fuerza. Sé que los dibujitos cursis lo sitúan a la izquierda del pecho, pero en realidad está situado más bien hacia el centro, protegido por el esternón; así que para asestarle una puñalada hay que atravesar no solo piel, carne y músculo, sino también un hueso duro como el alma de un inquisidor. Pero, aparte de intencionalidad y fuerza, yo siempre he pensado que hace falta algo más, pues quien apuñala un corazón sabe que, indefectiblemente, acabará con la vida del propietario de este. Lo que quiero decir es que para apuñalar un

corazón hace falta ser un verdadero asesino. Y Víctor Santana Cárdenes, como se supo más tarde, no lo era.

1

Un libro es una extraña máquina del tiempo: solo funciona para que su autor vaya hacia el futuro si un lector decide abrirlo e ir hacia el pasado. Ahora mismo, por ejemplo, yo escribo en este presente mío que es ya mi pasado, mientras tú me lees en ese presente tuyo que es mi futuro. Por lo tanto, ambos (tú y yo) vivimos en un solo presente en el que el tiempo queda abolido durante unas cuantas decenas de páginas.

Mientras otros chatean, ven series o juegan en sus móviles, sus ordenadores o sus consolas, yo estoy *aquí* escribiendo y tú estás *aquí* leyendo, haciendo que el tiempo deje de existir.

Por eso digo que hay una cosa que necesita esta máquina del tiempo para funcionar: tu voluntad. Y lo repito: la máquina del tiempo solo funcionará si lo decides tú.

A lo mejor la máquina cayó en tus manos por casualidad o te la recomendó alguien cuya opinión

te importa o la tomaste de la biblioteca en lugar de tu libro favorito, que ya estaba prestado, o te toca leerla por obligación, porque en tu instituto se han empeñado en que debes hacerlo o, quizá, hayas leído *Los perros de agosto* y has querido reencontrarte conmigo.

Sea como fuere, el caso es que, incluso si esta lectura que haces es obligatoria, tú siempre puedes elegir. Puedes, por ejemplo, hacer como los demás, volver a ese tiempo normal (¿normal?) de los demás y ponerte a chatear, a ver series, a jugar al *Candy Crush*, al *Grand Theft Auto*, al *Call of Duty* o al juego que esté de moda cuando te encuentres con esta máquina del tiempo. O continuar aquí conmigo y averiguar quién mató realmente a Diego Cárdenes Enríquez y, sobre todo, por qué.

La decisión (como en otros momentos, más importantes, de tu vida) es tuya, porque yo escribí esto en este presente que es tu pasado y en ese presente tuyo que es mi futuro ya no puedo hacer nada, porque a lo mejor me he casado y tengo diez hijos o ya soy un viejo senil o incluso he muerto. Así que sí: tú eliges. Puedes cerrar la máquina y apartarla y olvidarla. O puedes hacer que continúe funcionando. En el primero de los casos, aprovecho para agradecerte que me hayas regalado unas seiscientas palabras de ese presente tuyo. En el segundo, en el caso de que quieras que siga funcionando esta rara máquina del tiempo que se ali-

menta de tu voluntad, nos vemos al comienzo del siguiente capítulo, donde comenzaré informándote de que...

2

10

... como la causa abierta por la muerte de Diego Cárdenes la instruía su señoría el juez Prudencio Orgaz y en esa sala tengo un contacto (el ínclito Paco Parra), pude enterarme de algunos detalles del caso con los cuales decoré bien el artículo que, en su momento, escribí sobre el suceso. A Cárdenes se lo encontraron un lunes por la mañana, al borde de su piscina. Su piscina estaba en la parte trasera de su mansión. Y su mansión, en el centro de una finca rodeada por altos muros y en la que, aparte de mansión y piscina, había jardines, cocheras y hasta un huerto. Aunque en aquella enorme propiedad vivía únicamente él.

Las empleadas de hogar llegaron como cada día a trabajar y lo vieron allí, tirado en el suelo. Llevaba puestos unos bermudas, un polo de color beis ennegrecido por la sangre y unos zapatos náuticos. Después se sabría que el día anterior, vestido con aquella misma ropa, había almorzado en un club

marítimo con varios familiares, entre los que estaba su sobrino Víctor. A media tarde se había vuelto a su casa. Víctor lo había acompañado al aparcamiento. Fue la última vez que se le vio en público.

Falleció entre las 20:00 y las 21:00 horas de ese domingo 26 de octubre de 2014. El sistema de alarma instalado en la mansión no había sido activado y el cadáver no presentaba heridas defensivas, de lo cual se infiere que la agresión fue sorpresiva y ejecutada por alguien en quien la víctima confiaba. Se pensó inmediatamente que el móvil del crimen había sido el robo, pues la casa apareció revuelta y faltaban en ella algunos objetos de valor. Entre otras cosas, un Rolex Daytona que, luego se comprobó, fue vendido por Víctor Santana Cárdenes el lunes por la mañana.

Estas circunstancias, unidas al hecho de que Víctor tenía antecedentes por tenencia y tráfico de estupefacientes, así como por agresión, no dejaron lugar para muchas dudas en los inspectores de la Brigada de Homicidios, que lo detuvieron, por orden del juez Orgaz, el lunes a mediodía en su apartamento.

El martes por la mañana, cuando ya la noticia se había difundido plenamente, recibí una llamada de Eva Luján Hernández y fue así como, por segunda vez en mi vida, me impliqué en un asunto que me venía grande y que estuvo a punto de costarme el pescuezo.

3

12

En la época en que Cárdenes murió yo llevaba ya unos seis meses trabajando para *Canarynews*. Antes había trabajado en Madrid, en un pequeño periódico local de Getafe que quebró como han quebrado casi todos los medios en los que he trabajado, incluido *Realidad Canaria*, el digital en el que fui becario en 2007. En esa ocasión estuve a punto de morir por escribir un trabajo de investigación sobre los oscuros manejos de una empresa constructora. Al acabar la carrera intenté vivir allá, en Madrid, pero me fue de pena. Por eso, cuando me enteré de que había un puesto vacante en *Canarynews*, donde trabajaba Lourdes, una compañera de la universidad, me volví a Gran Canaria. El sueldo y las condiciones de trabajo eran casi tan malos como en Getafe, pero al vivir con mis padres, me ahorraba el alquiler.

Canarynews, como *Realidad Canaria* y como los cientos de periodicuchos digitales que sobreviven en

el país, vivía de la publicidad y de algunos suscriptores que pagaban unos eurillos al mes por ser los primeros en leer ciertas noticias. La plantilla incluía a dos periodistas (Lourdes y yo), dos comerciales, un informático y una administrativa, además de Toñi Vidanes, la fundadora, propietaria, directora y jefa de redacción, y de una docena de colaboradores que escribían artículos de opinión completamente gratis. A veces teníamos suerte y alguna fuente nos soltaba algo interesante con lo que elaborar noticias propias. Pero, de ordinario, nos dedicábamos a fusilar notas informativas y noticias de agencia, y a cubrir ruedas de prensa que hubieran aburrido hasta a un mandril.

Como éramos pocos, cubríamos cada uno varias secciones. A mí me tocaba Tribunales y Sociedad, que es donde ahora se camuflan en los periódicos finos las noticias de sucesos de toda la vida. ¿Ventajas? Vidanes me daba cierta libertad de horarios y no tenía que estar todo el día con mis amplias posaderas en una silla de la redacción. ¿Inconvenientes? Aparte de tener que tocar asuntos muy sórdidos, me pasaba media vida leyendo sentencias, autos y demás documentos procesales. Y cuando tocaba cubrir un juicio sonado (el de algún pederasta o parricida cuya detención hubiera sido muy mediática o el de alguna trama de corrupción especialmente escandalosa) me veía obligado a estar días y días y días bostezando al fondo de una sala del juzgado,

preguntándome por qué no me habría metido a fontanero en lugar de a periodista.

Cuando saltó la noticia de la muerte de Cárdenes Enríquez y la rápida detención de su sobrino, me tocó a mí cubrirla. Después de ver las notas de prensa y darle un telefonazo a Paco Parra, elaboré un artículo de portada, que salió a cuatro columnas, vinculado a una nota sobre la investigación y a un perfil biográfico del empresario, muy conocido en todo el Archipiélago. Todo muy serio y profesional, ofreciendo información objetiva y huyendo del amarillismo. Hasta Toñi Vidanes me felicitó. Yo recibí aquella felicitación con un regusto amargo en la boca. Me había cuidado muy bien de decir que yo conocía a Víctor Santana Cárdenes, que habíamos ido juntos al instituto y que había resultado ser una persona clave en mi adolescencia, aunque nos odiábamos profundamente.

4

Eran las nueve de la mañana y acababa de llegar a redacción. Lourdes, con el pelo rubio recogido en un moño atravesado por un lápiz y con las gafas de montura de pasta color violeta, que le daban la apariencia de la modernilla *hipster* que no era, ya estaba ante su ordenador, tecleando con furia (nunca la he visto llegar o marcharse, es como si viviera allí). La saludé, me senté a mi mesa y empecé a sacar bolis y blocs de mi bandolera. Entonces sonó la canción de la cabecera de *The Big Bang Theory*, la melodía de mi móvil. No reconocí el número. Lourdes dejó de teclear y me miró, molesta. Su mirada decía: «Puedes responder o puedes silenciarlo o puedes tirarte con él por la ventana. Pero haz que ese cacharro deje de sonar de una vez, o te lo hago tragar con cargador y todo». Sé que no conviene molestar a Lourdes cuando curra, así que respondí.

—Diga.

Al otro lado de la línea, se oyó un suspiro y una voz de mujer joven preguntó:

—¿Jorge?

Jorge soy yo. Jorge Castro. Alias «el Gordo».

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—¿Ya no te acuerdas de tu Campanilla?

Seguramente habrá muchas mujeres jóvenes a quienes alguien, en alguna ocasión, ha apodado Campanilla. Pero, en mi caso, solo a una piba había conocido una vez por ese nombre cariñoso. Se lo había puesto yo mismo, años antes, cuando éramos unos chiquillajes y veíamos películas de Peter Pan y el capitán Garfio. Así que solo podía ser ella, Eva. Era raro que me llamara después de tanto tiempo. Aunque, quizá, no fuese tan raro que me llamase justo ese día, después de que la víspera yo hubiese publicado la noticia de la detención de Víctor.

—Eva... —dije para que ella pudiera comprobar que yo la había identificado.

—¿Cómo estás, Jorge?

—Bien. ¿Y tú?

—Así así, querido. Ya vi que sabes lo de Víctor.

—Sí. Una sorpresa desagradable.

—¿Llevas tú esa noticia?

—Sí. Me cayó a mí. Llevo esa sección. ¿Leíste el artículo? —Era una pregunta bastante estúpida: claro que lo había leído. Tenía que ser por eso por lo que llamaba.

—Lo leí. Y te llamo, de entrada, para agradecerte que no te hayas cebado con Víctor. Que hayas escrito que las investigaciones prosiguen y que solo está acusado.

—Nada que agradecer. En este país todavía existe una cosa que se llama presunción de inocencia.

—Sí, pero en otros periódicos lo han llamado asesino, directamente.

—Ya. Pero yo trabajo en este.

—¿Quieres saber más sobre el tema, Jorge?

—¿Saber más?

—Sí. Más. Puedo darte mucha información.

—¿Y eso?

—El tema lo llevo yo. Vamos a defender a Víctor. De hecho, estuve hablando ayer con él.

—O sea, que al final te hiciste abogada.

—¿No lo sabías? Tengo un despacho con dos compañeros. Llevo ya un par de años ejerciendo.

—Me alegro por ti.

—Gracias.

Se hizo un largo silencio. En caso de tener que ser yo quien reanudara la conversación, no se me ocurría con qué palabras podría hacerlo. Ella, en cambio, sí las encontró.

—Bueno, Jorge: ¿te interesa saber más? Puedo decirte cosas que ningún otro periodista va a saber. Te lo voy a contar solo a ti. En exclusiva.

Como Víctor, Eva era un fantasma del pasado. La sola mención de su nombre me dolía. Hablar

con ella por teléfono me producía una punzada en la boca del estómago. Y sabía que verla me dolería aún más. Pero el dolor nunca ha sido motivo para renunciar a una exclusiva. Así que, finalmente, respondí:

—Claro que me interesa.

—¿Te viene bien que nos veamos en el Yeray, dentro de media hora?

—En principio sí. Tengo que hablar con mi jefa.

—Está bien. A las nueve y media.



Serie juvenil

Un importante empresario aparece asesinado de una puñalada en el corazón. El Gordo Castro, que ha terminado la carrera y trabaja para el periódico digital *Canarynews*, cubre la noticia. Él conoce al único sospechoso del crimen: ambos pretendían a la misma chica en el instituto. La sorpresa llegará cuando esta le llame y le pida ayuda para defender al que fue su novio.

ISBN 978-84-678-7114-2

158041

